

La ciencia, la crítica, la política: cruces y rupturas epistemológicas entre los años '60 y '70

Sofía I. Traballi¹

Resumen

La revista argentina *Los libros* (1969-1976) apuntó a producir una crítica literaria donde se dieran encuentro el método científico y la actividad política militante. El cruce de estas dos dimensiones no dejó de producir roces y conflictos, de lo cual es ejemplo la polémica entablada por Nicolás Rosa y Blas Matamoro –publicada en los números 26 y 28 de la revista- en torno al abordaje de la obra de Borges, debate donde se plantea, precisamente, el problema de la *sistematización científica* de la crítica. Defendida por Rosa y cuestionada por Matamoro, la idea de una “ciencia de la textualidad” marca un *quiebre epistémico*, una discontinuidad en el horizonte de la crítica argentina de ese período, que no deja de presentar -en el caso de la propuesta de Rosa-, algunas tensiones internas que consideramos relevantes. Por otra parte, en la misma época –nuestro análisis se extiende desde los últimos años de la década del '60 hasta mediados de los '70- otros campos de producción de conocimiento, tales como las ciencias exactas y la antropología, experimentaron equiparables quiebres y reformulaciones, de modo que es posible situar la polémica Rosa-Matamoro en el horizonte más vasto de estas transformaciones epistemológicas. Este panorama nos revela la existencia de zonas de cruce entre las distintas áreas disciplinares, así como también de desfase en cuanto al modo de concebir y construir sus respectivos saberes y prácticas.

Palabras clave

Crítica literaria - política - ciencia - paradigma – corte epistemológico.

Abstract

The Argentine magazine *Los libros* (1969-1976) aimed to issue a literary criticism which gave meeting the scientific method and militant political activity. The intersection of these two dimensions was not without friction and conflict, as it is seen in the controversy between Nicolás Rosa and Blas Matamoro –published in N°26 and 28 of the magazine- around critical approach to Borges's work, debate which precisely considers the thorny subject of the *scientific systematization of criticism*. Defended by Rosa and questioned by Matamoro, the idea of a “science of textuality” marks an *epistemological break*, a discontinuity in the horizon of Argentine criticism at that period, which is not without, in the case of Rosa's proposition, some internal tensions that we consider relevant. Moreover, at the same time –our analysis extends from the last years of the 60s to mid-70s-, other fields of knowledge, like exact sciences and anthropology, experienced comparable breaks and reformulations, so it is possible to place Rosa-Matamoro controversy around Argentine literary criticism in the broader horizon of these epistemological transformations. This more comprehensive picture reveals the existence of crossing zones between the different disciplinary areas, as well as mismatches in terms of how to design and to build their respective knowledge and practices.

Keywords

Literary criticism – politics – science – paradigm – epistemological break.

1. Introducción

La “teoría de la dependencia” ocupa un lugar central en las discusiones de la teoría social durante los años '60 y hasta mediados de los '70.² Alineada en el paradigma dependentista

¹ Es Profesora de Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires y estudiante avanzada de la carrera de Letras. Ha participado en congresos y eventos académicos. Actualmente, se desempeña como adscripta y trabaja en su proyecto de investigación en la cátedra Literatura Latinoamericana II de la carrera de Letras (UBA). Contacto: sofia_traballi@yahoo.com.ar.

de corte marxista, la izquierda nacional llamó la atención sobre el carácter conflictivo de toda sociedad capitalista –quizás más conflictivo aún en el caso de sociedades capitalistas dependientes, como la argentina–, signado por la división y el antagonismo de clase.

En esta coyuntura en que la lucha de clases cobra mayor visibilidad tanto en la teoría como en la práctica –de manera tal que la revolución anticapitalista no se percibe ya como un horizonte sino como un quiebre inminente–, la revista *Los libros* (1969-1976) comienza a repensar el lugar de la crítica argentina como actividad combativa y potencialmente revolucionaria. Desde esta perspectiva, la crítica debe operar como un “arma de lucha ideológica en la construcción de un discurso teórico que [...] abra la posibilidad de una inserción revolucionaria para su práctica: una crítica de ruptura y restitución” (1972; 28: 3). La *praxis* política en *Los libros* se acompaña de una reformulación del paradigma teórico: la creación de una nueva crítica de corte científico que recupere los aportes del psicoanálisis, el marxismo y el estructuralismo althusseriano, entre otras vertientes. Aunque fue la aspiración de la revista amalgamar militancia política y paradigma científico, esta relación produjo roces y tensiones: un campo de dilema en el que se inscribe la discusión que aquí vamos a tratar, aquella que sostienen Nicolás Rosa y Blas Matamoro a propósito de Borges y la crítica. Recordemos que esta polémica consta de tres momentos: el artículo crítico que Rosa publicó sobre el libro de Matamoro *Jorge Luis Borges o el juego trascendente* (1971), aparecido en el número 26 de la revista; la respuesta-refutación de Matamoro a Rosa, publicada en el número 28; y la “contracrítica” de Rosa (“contrarrefutación”, como él mismo la llama) a lo expuesto por Matamoro, aparecida también en el número 28.

En lo que sigue, intentaremos revisar algunos de los principales núcleos de esta discusión haciendo foco en la cuestión de la “crítica científica”, a fin de poner de manifiesto las posiciones de ambos críticos. Nos detendremos a analizar la propuesta de Rosa, con el objetivo de detectar las rupturas o discontinuidades que plantea con respecto a diversas vertientes de la crítica argentina de la época y las tensiones que produce, procurando dar cuenta también de lo que podríamos pensar como ciertas “vacilaciones teóricas” dentro de su programa.

Por otra parte, en esta problemática que gira en torno al paradigma científico, intentaremos trazar algunas coordenadas que permitan vincular las rupturas y transformaciones que evidencia la crítica literaria de la época, con lo que ocurría en otros campos de la producción de conocimiento, ensayando posibles cruces y desfases entre las distintas áreas.³

El análisis que proponemos adoptar, como marco teórico, los aportes de la epistemología francesa en su vertiente *criticista*, centrándose en las propuestas de G. Bachelard y M. Foucault. Esta corriente, que asume decididamente una perspectiva histórica, se opone a la tradicional filosofía de la ciencia al atacar la concepción positivista

² Esta teoría, nacida en el interior de la CEPAL en los años inmediatos a la segunda posguerra, propone “un modelo por el cual el subdesarrollo de un polo de naciones está inescindiblemente ligado a un crecimiento desigual generado por el deterioro de los términos del intercambio y una injusta división internacional del trabajo, apoyada a su vez en el monopolio tecnológico de los países centrales” (Terán 1993; 121).

³ Entiendo que el trazado de estas relaciones puede resultar un objetivo un tanto ambicioso –acaso pretencioso–, que exigiría un abordaje mucho más detenido del que me será imposible realizar en este artículo. De todos modos, se trata de una primera aproximación, que deberá ser profundizada en instancias de investigación posteriores.

del saber científico como un progreso continuo y lineal de acercamiento a la verdad – aislado de las condiciones económicas, políticas, sociales–, remarcando por el contrario la incidencia de la discontinuidad, la ruptura epistémica, la mutación, tratando de rastrear en cada caso las razones históricas que han hecho posibles esos procesos.

Dentro de esta línea teórica, será fundamental para nuestro análisis el concepto de “ruptura epistemológica” (Bachelard 1989) y las nociones de “discontinuidad” y “serie” propuestas por Foucault en *La arqueología del saber* (1969). Este autor sostiene que el concepto de discontinuidad permite discernir “los límites de un proceso, el punto de inflexión de una curva, (...) el umbral de un funcionamiento” (13): aquel acontecimiento que quiebra una regularidad para instaurar otra de un nuevo tipo. El concepto de *serie*, por su parte, refiere a la posibilidad de formar agrupamientos de elementos emparentados entre sí y a la vez heterogéneos, a fin de analizar sus relaciones y, al mismo tiempo, las relaciones que sostienen con otras series: el juego de las correlaciones, los cruces, los desfases, al interior de una serie y entre series distintas. Como hemos venido diciendo, lejos de una progresión lineal en el movimiento del saber, lejos de toda posibilidad de totalización, de fijación de un sentido único para el desarrollo del pensamiento, estas series individualizadas se caracterizan por el entrecruzamiento, la discontinuidad: por desplegar “el espacio de una dispersión” (16).

Por último, retomaremos también la noción propuesta por T. Kuhn de *paradigma científico* (1962), ya que, si bien presenta algunas diferencias con respecto a la propuesta de Foucault, también existen entre ellos importantes puntos en común, en la medida que en ambos casos, “su método consiste en *describir los discursos como articulaciones históricas de un paradigma*” (Dreyfus y Rabinow, citados en Agamben 2009: 14, la cursiva es mía).

Tras esta breve introducción, y establecido nuestro punto de partida teórico, comenzaremos a desarrollar la problemática que nos hemos planteado.

2. El científico político

Año 1969: de vuelta en la Argentina tras su exilio en Venezuela, a donde debió migrar en 1966 tras renunciar a su cargo en la Universidad durante la dictadura de Onganía, el químico y epistemólogo Oscar Varsavsky propone una lúcida reflexión y autocrítica del proceso de renovación de corte desarrollista que había imperado en la Facultad de Ciencias (llamada actualmente Facultad de Ciencias Exactas y Naturales) desde la caída de Perón en el '55 hasta el año 1966, cuando la policía intervino la facultad, reprimiendo a estudiantes y profesores.⁴ Su crítica consiste en replantearse, desde una perspectiva afín a la “teoría de la dependencia”, cuál es, y cuál debería ser, el papel de la ciencia en un país sudamericano. En este sentido, Varsavsky dirige una fuerte crítica a las prácticas científicas en la Argentina, cuestionando el pensamiento eminentemente científicista que prima entre sus colegas,

⁴ Oscar Varsavsky nació en Buenos Aires en 1920. Cursó sus estudios en la Universidad de Buenos Aires, donde obtuvo el grado de doctor en Química. Al comienzo de su carrera se dedicó a la ciencia aplicada, para luego orientarse a actividades teóricas, entre ellas, la física cuántica y la matemática pura. Entre otras actividades, desde 1958 hasta su muerte, fue miembro del CONICET. En los últimos años, tanto la epistemología como la sociopolítica científica fueron objeto privilegiado de sus estudios. Entre sus publicaciones vinculadas a estas problemáticas, podemos mencionar: “Facultad de Ciencias en un país sudamericano” (1968), *Ciencia, política y científicismo* (1969), *Marco histórico constructivo para estilos sociales, proyectos nacionales y sus estrategias* (1971), y *Hacia una política científica nacional* (1972).

incluso entre aquellos que, de la puerta del laboratorio para afuera, adhieren al pensamiento político de izquierda. Hay que aclarar que Varsavsky llama “cientificistas” no a los científicos en general, sino a aquellos investigadores que piensan la ciencia y la política como campos que no se tocan, que no deben tocarse, a riesgo de que la ciencia pierda su neutralidad y legitimidad y se vuelva “tendenciosa”.⁵ Por el contrario, el autor sostiene que la ciencia es también política, y que una *praxis* científica responsable es aquella que se reconoce como “ciencia politizada” (1969; 4) y se compromete con el cambio social, sin orientar sus líneas de investigación según las exigencias impuestas desde los grandes centros extranjeros del Hemisferio Norte. Según la perspectiva de Varsavsky, la ciencia en un país sudamericano no debe seguir modelos impuestos, ni responder a necesidades ajenas, sino que debe atender, con prioridad, a los problemas particulares que experimenta el propio país.⁶

Varsavsky marca un quiebre propio de la época respecto al modo de pensar el papel de la ciencia. Podríamos sugerir que, a partir de este quiebre, su propuesta emerge como una nueva serie dentro del vasto campo de la ciencia exacta, que se superpone a –y discute con– la serie científica tradicional. El pensamiento crítico de Varsavsky se halla en sintonía con el “estrechamiento de distancias” (Panesi 1985: 174) entre ciencia y sociedad que propone *Los libros*, en la medida que insta a los científicos a comprometerse con la transformación social, abandonando la falsa creencia en una ciencia desinteresada y neutral –el laboratorio como limbo– y llamando la atención sobre la dimensión institucional y las relaciones de poder operantes en el campo científico. De esta manera, y en otra coincidencia con el programa de *Los libros*, Varsavsky, desde su actividad de científico y epistemólogo, insiste en visibilizar la dimensión ética que subyace a toda práctica científica.

Quizás traer a colación a Varsavsky –alguien ajeno al campo de la crítica y la teoría literaria– parezca trasnochado, pero creemos que en algún sentido contribuye a dilucidar qué idea de ciencia circulaba en algunos sectores de la izquierda nacional (a la que también él pertenecía), a evidenciar un posicionamiento que marca una ruptura –una discontinuidad– con respecto a la concepción tradicional del saber y la práctica científica, tal como se plantea desde el paradigma positivista. Esta decisión puede ser fértil, además, en otro sentido: a fin de aportar mayor precisión a los términos *ciencia* y *cientificismo*, núcleos problemáticos que aparecen reiteradas veces en la polémica entre Rosa y Matamoro. En lo que sigue, avanzaremos sobre este debate.

3. El crítico científico

Aunque comparten un mismo horizonte de *praxis* política, Rosa y Matamoro evidencian profundos desacuerdos en su manera de pensar la crítica literaria y la literatura. Podríamos

⁵ Para un análisis más detallado del concepto, véase Varsavsky (1968, 1969).

⁶ Tal como señala Silvia Rivera, Varsavsky “no sólo clama por la integración de ciencia y política sino que propone a la ideología como guía explícita, y no ya solapada, de la planificación de una política científica que fije los contenidos concretos de la ciencia –temas y métodos– que ayuden a propiciar y sostener un cambio revolucionario de la estructura social en su conjunto. Esta es, para Varsavsky, la máxima objetividad a la que podemos aspirar, objetividad que resulta inescindible de la honestidad intelectual, y que consiste en la clara exposición de los juicios de valor que inevitablemente se encuentran en la base del trabajo intelectual, para su confrontación y crítica” (s/a; 9).

sugerir que estos dos lineamientos configuran dos series coexistentes y heterogéneas, vinculadas tanto por lo que tienen en común como por las diferencias que presentan, insertas a su vez en una serie más amplia: la de la crítica literaria argentina del período.

Surgido a partir de la publicación de *Jorge Luis Borges o el juego trascendente*, el debate entre Rosa y Matamoro que vamos a tratar tiene como punto central la pertinencia o no de una sistematización científica de la crítica. La relación entre *praxis* política y rigor científico es, a nuestro entender, uno de los núcleos más problemáticos del programa de la revista *Los libros*. Si Rosa se sostiene en esta tensión, procurando amalgamar las dos cosas, Matamoro lo experimenta más bien como una disyuntiva, una “alternativa de hierro” (1972; 28: 20);⁷ partiendo de una postura que, en sus propias palabras, “no apunta a la crítica literaria, sino a la sociología y la historia de la cultura” (28: 20), considera que la propuesta de Rosa de una crítica científica conduce a una “fetichización” (28: 19) del texto literario, un modo de abordaje que ignora la relación de la literatura con la historia y la ideología, y que impide así practicar una “lectura totalizante” (28: 19) del texto. Aspirar a una crítica de estas características es, desde su perspectiva, caer en el “formalismo científico”, exiliarse en el mundo abstracto de las formas, sucumbir a otra variante de la falsa conciencia que, bajo promesa de liberación, no hace más que encerrar al crítico en la cárcel del texto, cerrándole el camino de la transformación social. Sobre este punto, habría que preguntarse si Matamoro no confunde ciencia con cientificismo. En rigor, y a partir de la distinción que propusimos al comienzo de este trabajo basándonos en las ideas de Varsavsky, sería injusto calificar a Rosa de *cientificista*, puesto que piensa la adhesión al paradigma científico como parte de una *praxis* de intervención política.

Por su parte, la “teoría científica de la textualidad” (28: 22) que sostiene Rosa se asienta en la idea de que la literatura posee rasgos específicos que hacen de ella un objeto de análisis particular, razón por la cual se hace preciso abordar el texto a partir de su lógica interna, de la producción narrativa como proceso semiótico. Desde esta perspectiva, y refiriéndose a *Borges o el juego trascendente*, cuestiona a Matamoro la decisión de prescindir de un método específico de tratamiento textual, su preferencia por entrar “a saco” en el texto en busca de la manifestación de ideologías, meros reflejos de representaciones sociales. Así, si Matamoro acusa a Rosa de “cientificismo”, este ve a Matamoro como un fiel representante de lo que denomina “voluntarismo crítico” -tendencia en la que se inscriben representantes tanto de la derecha como de la izquierda-: una crítica que rehúsa el análisis científico del texto, cayendo en un simple ejercicio de *oposición ideológica*, precariamente fundado en la medida que no encara la especificidad de su propio objeto, y políticamente contraproducente, ya que, por ser él mismo ideológico, impide mostrar la ideología de la obra. Instalados en la ideología –sostiene Rosa–, sólo podremos “salir de ella mediante una operación científica” (28: 22). La ciencia de la textualidad aparece entonces como la única vía para sortear las trampas de la falsa conciencia.

Si, como hemos dicho, Matamoro se opone a la idea de una ciencia de los rasgos específicos de la textualidad por considerar que acecha en ella una visión reductiva y fetichista de la literatura, a esto hay que agregar, como otro punto importante de su posicionamiento, que niega al freudismo, el marxismo y la semiótica el valor de verdad

⁷ De aquí en más, no aclararemos el año, puesto que los dos números de la revista que estamos trabajando son de 1972.

científica que Rosa les adjudica. Aun cuando retoma en su trabajo crítico numerosos aportes de las teorías de Marx y de Freud, lo hace convencido de que estas propuestas actúan aún en un plano de “provisorio ideológico” (28: 19).⁸ Y no es esto algo que le preocupe, ya que para él la crítica literaria es una actividad de confrontación política, no un ejercicio de validación científica: tan es así, que acepta sin complejos que su trabajo sea tildado de “crítica ideológica”,⁹ pero invierte la valorización del término quitándole su sentido peyorativo: con un tono ciertamente enfático, en su “Respuesta” se dirige a Rosa en estos términos: “mi aporte (...) es voluntarista, ideológico y militante, si querés, y el diablo me guarde de que no lo sea” (28: 20).

Analicemos ahora con más detalle algunos núcleos del posicionamiento de impronta científica de Rosa. El carácter del abordaje que propone abreva en diversas corrientes, entre ellas el psicoanálisis, el marxismo y el estructuralismo. Aunque no lo explicita en estos artículos, pueden establecerse paralelismos entre la propuesta de Rosa y los lineamientos teóricos de R. Barthes en *Crítica y Verdad* (1966): en ambos casos se trata de propiciar una transformación profunda en el marco teórico-metodológico a partir del cual se pone en ejercicio un determinado saber. Si en el caso de Barthes, la polémica era con Picard y la “vieja crítica”, Rosa, como ya hemos adelantado, dispara contra el voluntarismo crítico de la derecha, la izquierda ortodoxa, y la izquierda nacional, vertientes que, aunque guardan profundas diferencias en otros aspectos, coinciden en una misma crítica *voluntarista*, de oposición ideológica, de corte hermenéutico y tendencia psicologista, biografista y/o sociológica.

Rosa advierte que estas tendencias son evidentes en la propuesta crítica de Matamoro, donde además de pensarse la obra de Borges como reflejo unívoco de la ideología del autor, se apela a la causalidad psicológico-biográfica como estrategia para dar cuenta de otras tantas características de la obra, mecanismo por el cual esta pasa a ser un mero correlato textual de la personalidad de Borges-escritor,¹⁰ un conjunto de sentidos clausurados entendidos como *síntomas*.¹¹

Oponiéndose a este tipo de abordajes que no ven en la literatura más que reflejos del mundo del autor y su modo de pensar, Rosa propone un análisis que toma como eje central el *signo* en su carácter plural, formal –por oposición a sustancial– y polisémico. Se trata de una crítica centrada en la apertura de los significantes, que no pretende reducir los plurales de sentido que genera el texto a significados cristalizados y unívocos. Vinculada a esta tendencia a fijar sentido, Rosa señala en la crítica *voluntarista* argentina un prejuicio positivista y burgués: la idea de que el signo es instrumento de la representación, que la

⁸ Sostiene el crítico: “En este sentido, ni el freudismo ni el marxismo, que Rosa llama ciencias modernas, *han podido todavía demostrar su validez de derecho como tales*, lo cual no empece a que funcionen científicamente, pero en el plano del provisorio ideológico.” (28:19, la cursiva es mía).

⁹ En efecto, la utilización ideológica del freudismo y el marxismo es otra de los cuestionamientos que Rosa dirige al trabajo de Matamoro.

¹⁰ Por dar sólo algunos ejemplos, en su análisis Matamoro concluye que Borges posee un “alma infantil que envejece sin crecer” (1971; 21), una personalidad propensa a “las fijaciones mágicas” (19) que intenta por medio de la literatura “dispersar antiguos terrores infantiles no superados” (33). Son estas aseveraciones, entre otras tantas, las que llevan a Matamoro a la conclusión de que la obra de Borges “revela un estilo de pensamiento” acríptico, infantil, mítico y arcaico.

¹¹ En este sentido, Rosa advierte en Matamoro un mal uso del freudismo, que deriva en una interpretación emblemática y determinista del componente simbólico de la obra de Borges, lectura que resulta absolutamente ajena a los planteos del propio Freud.

literatura no hace otra cosa que hablar de –o en el caso de Borges, elidir– el mundo. En efecto, esta idea es central en el planteo de Matamoro, quien *acusa* (aunque el término parezca excesivo, no lo es) a Borges de elaborar una literatura *irrealista y escapista*, centrada en la “elisión del mundo real” (1971: 76). De este modo, el crítico parece coincidir con aquellas posiciones que atribuyen a la literatura lo que Paul de Man (1990) llamaría una “cualidad estética”, cuestión que Rosa se encarga de problematizar: la literatura puede muy bien hablar sobre el mundo, expresar, representar, pero no es esta una cualidad definible *a priori*, y menos aún el rasgo principal que define al signo.

A partir de lo que venimos planteando, vemos que Rosa cuestiona a Matamoro la identificación sustancialista del significante y el significado, identificación que conlleva además la equiparación de la lengua y la literatura con el pensamiento (en otro nivel, la homología entre el autor y el narrador) a partir de la idea de que el pensamiento del autor es previo y engendra su literatura. Sintéticamente, podríamos decir que Matamoro elabora una crítica centrada en el *sujeto* (en este caso, Borges), mientras que Rosa trabaja sobre el plano del *discurso*; Matamoro elige “mostrar” al sujeto a partir de un texto previamente fijado, en tanto Rosa enfatiza la necesidad de “producir”, de “crear el texto mediante la lectura” (28: 21). Sobre esta idea de crítica “productiva” volveremos más adelante.

La fijación de un sentido implica, para Rosa –y en esto coincidiría también con Barthes (1966) –, precisamente aquello de lo cual hay que evadirse: una operación política, en la medida que este ha sido el mecanismo utilizado por los ideólogos de las clases dominantes para decantar sentidos y naturalizar códigos de lectura. Crítica ideológica que no se absuelve de culpa por provenir de la izquierda; más aún, que condena a la crítica de izquierda a reproducir las pautas de lectura de la crítica de derecha, obligándola por fuerza a avalarlas.

El objetivo de Rosa es crear una “crítica de ruptura” (26: 19) y nos interesa centrarse en esta idea, porque nos permite arribar al papel central que para la crítica argentina de la época tuvo la adopción del método científico. En este sentido, podríamos sugerir que lo que se produce es lo que G. Bachelard (1989) llama una “ruptura epistemológica”: un cambio profundo en el desarrollo de un determinado campo de saber que implica no sólo un quiebre con respecto a las teorías anteriores, sino una reformulación de los principios epistemológicos sobre los que el saber se construye. La concepción bachelardiana de *fractura* niega la idea de continuidad racional del conocimiento: del mismo modo, la opción de Rosa por una “crítica científica” no representa una continuidad armónica, ni una superación *natural* de la “crítica arcaica” (28: 22) de *oposición ideológica* sobre idénticas bases, sino una ruptura que asienta la crítica sobre un nuevo paradigma.¹² Por supuesto que también pueden rastrearse continuidades con el pasado: baste pensar por ejemplo en la idea de militancia que sostiene la revista *Los libros* donde vuelve a surgir, aunque reformulada, la cuestión del *compromiso* político del crítico que planteara dos décadas antes la revista argentina *Contorno*, dirigida por los hermanos Viñas.

¹² Tomo –consciente de hacerlo en un sentido laxo– el concepto de *paradigma* y *cambio de paradigma* de la propuesta de T. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), en la medida que la noción de cambio paradigmático, al igual que la idea de *ruptura epistemológica*, niega la tesis de un avance continuo, racional y progresivo del conocimiento. Entendemos que aplicar el concepto al campo de la teoría y la crítica literaria es en cierto modo exceder los límites que tiene la noción en la obra del autor, pero aun así, decidimos utilizar el concepto en este sentido amplio por considerar que en términos generales, la dinámica del cambio paradigmático que propone Kuhn puede ser iluminadora para abordar los procesos que nos ocupan.

Recapitulemos. Si a partir de las propuestas de Varsavsky irrumpe en el campo de la ciencia la cuestión de la política, a tal punto que comienza a ser cuestionada la idea de *verdad* y *objetividad* científicas –la correspondencia entre los enunciados y la realidad, y el supuesto carácter universal de estos saberes– en pos de privilegiar la noción de *importancia*, es decir, la selección de los temas de investigación *en función de las principales necesidades sociales del país*, en el campo de la crítica se introduce la cuestión de la ciencia, del rigor científico como forma de lucha y desmantelamiento de las producciones culturales de la clase dominante. Además de los cruces, ¿podríamos rastrear aquí un desfase entre una ciencia que empieza a criticar la idea de verdad, y una crítica –la de Rosa– que empieza a pensar la verificación científica como reaseguro?

4. La crítica entre la ciencia y la escritura

Si hasta aquí hemos dicho que Rosa adscribe a una crítica de corte científico que permite producir conocimiento “no ideológico”, es decir, objetivo –lineamientos que parecen pensar la crítica y la ciencia como metalenguaje–, no resulta prudente encasillarlo tan rápido, porque también hay elementos que matizan, que incluso niegan la posibilidad de una crítica científica. Así, por momentos la idea de literatura como escritura –no determinada por el autor, plural y no representativa– parece aplicarse también a la crítica en la medida que, como ya hemos adelantado, esta se define como una escritura *productiva*, que engendra sentidos –no unívocos– y que abre nuevos campos posibles de lectura.

En este punto, Rosa parece flotar en un cruce de aguas, una tensión que no termina de resolverse: ¿crítica científica –y en ese caso, habría que hablar de un metalenguaje–, o crítica como escritura? Aparece aquí lo que podríamos identificar como una tensión, o quizás un *momento transicional* entre dos formas de concebir la crítica. ¿Se reivindica la ciencia, o se elige la escritura, la impugnación de toda verdad científica por ser ella misma ideológica, operación política centrada en la identidad falaz de la palabra y la cosa?

Si la crítica es una forma de escritura,¹³ entonces ya no hay metalenguaje ni *verdad* que pueda reclamar para sí; el sujeto se descentra, perdiendo el control sobre sus enunciados, el lenguaje del crítico se vuelve problemático. A partir de ese momento habría que aceptar que esa crítica deja de ser científica, al menos en el sentido en que Rosa lo está pensando.

Como ya hemos adelantado, el problema de la ciencia se vincula con el de la ideología. Para abordar esta cuestión, mejor volver un momento al principio, a la tensión que caracteriza a esta polémica: la puja entre ciencia y crítica militante. Uno de los objetivos que la revista *Los libros* traza para la crítica consiste en dar cuenta de las ideologías que se inscriben en los textos. Con respecto a este punto, Rosa sostiene que el método científico permitirá “*verificar* una ideología en un texto” (28: 22). Se trata de las ideologías que produce el texto, no la del autor;¹⁴ pero aún en ese caso, si fijar una lectura,

¹³ Otros integrantes de la revista sostienen también esta idea: Schmucler señala que “la crítica actual apetece una autonomía que sin embargo, borra sus límites con la literatura para inscribirse en una única práctica: la escritura” (28: 17).

¹⁴ En realidad, respecto a la cuestión del autor, parece haber en Rosa cierta vacilación: si por un lado cuestiona a Matamoro que “no vale la pena interrogar al sujeto, hay que interrogar al discurso” (28: 21), por otro, cae en aseveraciones como la siguiente: “... entonces hay que preguntarse en todos los niveles *cómo instrumenta* Borges los códigos que le provee la realidad semiótica, la economía, la ciencia, la cultura, etc.,

decidir un sentido –como bien se encargara de señalárselo a Matamoro– no son operaciones válidas, ¿cómo puede ser posible *verificar* algo como *una ideología, o varias ideologías* presentes en la obra de Borges? Detectar vertientes ideológicas es parte del proyecto político, pero el aparato crítico que permitiría verificarlas, es también el que impugna toda verificación y desplaza la crítica nuevamente al campo de lo tentativo –interpretativo–.

Es legítimo replantearse en este punto si es factible dividir aguas de una forma tan tajante entre la ciencia y la ideología. Recordemos que para Rosa los contactos entre ambas esferas se reducen a las *utilizaciones ideológicas* de la ciencia (operación que advierte, por ejemplo, en el ya mencionado caso de la adopción de freudismo y el marxismo por parte de Matamoro), como si la ideología fuera algo “externo” a la ciencia que, eventualmente, puede *superponerse* a ella. De hecho –y tal como ya lo señalara Varsavsky–, habría que decir que hay algo profundamente ideológico en toda idea de “verdad científica”, que toda práctica científica (por más neutral y aséptica que se considere) está inmersa en una urdimbre ideológico-política, postura que guarda cierta similitud –dicho sea de paso– con el planteo que años más tarde promoverá M. Foucault (1975; 1980) en sus estudios genealógicos, acerca del estatuto político de la ciencia y su lugar en el complejo entramado del poder microfísico, en tanto discurso socialmente privilegiado, dotado de legitimidad por su *valor de verdad*.

5. Cruces y rupturas

En *La arqueología del saber*, Foucault propone detectar:

por debajo del terco devenir de una ciencia que se encarniza en existir y en rematarse desde su comienzo, por debajo de la persistencia de un género, de una forma, de una disciplina, de una actividad teórica, [...] la incidencia de las interrupciones (1969: 5).

En lo que va de este trabajo, hemos recorrido las propuestas de Rosa y Matamoro, propusimos pensarlas a la manera de series instaladas en un mismo campo de producción de conocimiento (tomando a su vez a la crítica literaria como serie mayor) y con un mismo objetivo político, pero con fuertes diferencias teóricas, distancias que giran en torno a la noción central de *sistematización científica*. La propuesta que sostiene Rosa –y que es parte del programa de *Los libros*– de una ciencia textualista en la Argentina pensada como fundamento de una *praxis* política opera a la manera de una ruptura en el campo crítico, proceso que hemos sugerido pensar como un *cambio de paradigma*: un replanteamiento medular de la crítica argentina cuya magnitud puede advertirse en la fuerte reacción que ocasiona. Podríamos decir que los múltiples puntos de debate entre Rosa y Matamoro giran en torno de esta discontinuidad central.

Por otra parte, y en un análisis más global, podría pensarse que los quiebres que se producen en un determinado campo de conocimiento pueden ser producto de un contacto o punto de cruce con otras áreas: otras series. Así, en el momento histórico que estamos analizando, la crítica literaria tiende un brazo hacia el universo epistémico y metodológico

cuáles son las dominantes de su estructuración para preguntarse por su ideología” (28: 21, la cursiva es mía). En un análisis textualista, que abrevia en el psicoanálisis y por tanto niega la conciencia del sujeto y su control absoluto sobre el lenguaje, ¿no sería contradictorio plantear como categoría de análisis las “instrumentaciones del autor”?

de la ciencia: dos esferas que en la Argentina de décadas pasadas se concebían como separadas –discontinuas–, se fusionan en una misma práctica, que a su vez, por supuesto, es política. Al mismo tiempo, en el campo de las llamadas “ciencias exactas”, nos encontramos con las propuestas de Varsavsky, donde la ciencia y la política, vistas hasta entonces como espacios separados, comienzan a pensarse como inextricablemente ligadas.

A riesgo de abundar, agreguemos a las dos grandes series que hemos delineado (la de la crítica literaria, la de las ciencias exactas) una serie más: la de la antropología. En este punto, es posible establecer otro entrecruzamiento: esta vez, entre la producción antropológica y la crítica literaria, en lo que se conoció en los años ´70 como el surgimiento del “paradigma interpretativo”, corriente que fue hegemónica en la academia norteamericana durante esa década, y aunque empezó a recibir fuertes cuestionamientos en los años siguientes, sigue cosechando seguidores –más o menos críticos– hasta el día de hoy.¹⁵ Esta vertiente de la antropología, promovida por el antropólogo estadounidense Clifford Geertz, propuso abandonar el paradigma científico estructuralista imperante hasta entonces, para pensar la disciplina no como “una ciencia experimental en busca de leyes, sino como una ciencia interpretativa en busca de significados” (Geertz 1973: 20). Sin entrar en demasiados detalles –sólo traemos esto a colación para señalar otro corte epistemológico, y otro cruce producido en la misma época–, digamos solamente que esta corriente propuso incorporar la semiótica a la antropología a partir de un abordaje textualista –“la cultura como texto” fue su lema– de las formas culturales. Por cierto, cabría aclarar que en este proceso en el que la antropología forma amalgama con la teoría y la crítica literaria, la noción de “interpretación” que subyace no se asienta en el carácter polisémico del signo, tal como hemos visto, lo piensa Rosa, sino más bien en la idea de univocidad propia de la hermenéutica.

Se trata entonces de otra ruptura paradigmática y de otro cruce, en efecto, pero también de otro desfase: Varsavsky descrea de la objetividad científica en el momento en que la crítica argentina la afirma; la antropología se recuesta en la serena univocidad del signo mientras la teoría literaria no cesa de cuestionarla.

En este recorrido, hemos intentado conformar una suerte de croquis de los entrecruzamientos, cortes y desfases que entre fines de los años ´60 y mediados de los ´70 se produjeron en/entre diversos campos de producción de conocimiento. En este sentido, nos hallamos frente a variedades discursivas (la crítica literaria, la ciencia, el pensamiento político, la antropología interpretativa) que pueden pensarse a la manera de series, en la medida que “se yuxtaponen, se suceden, se encabalgan, se entrecruzan (y podríamos agregar aquí, siguiendo la propuesta del propio Foucault, se desfasan en temporalidades diferentes), sin que se las pueda reducir a un esquema lineal” (12). Tanto la propuesta de Foucault como los resultados de nuestra propia indagación nos instan así a poner en duda toda posibilidad de totalización, alertándonos acerca del peligro de pensar la producción de saberes como una totalidad coherente, un proceso unidireccional de progresión evolutiva de carácter continuo y orientado en función de un concepto absoluto de *verdad*, tal como se postula desde la muy atacada pero nunca erradicada “concepción heredada” en epistemología.

¹⁵ Para una crítica del “interpretativismo” antropológico, véase Carlos Reynoso (1990). “El lado oscuro de la descripción densa”.

Fue la intención de este artículo contribuir al debate en el ámbito de la teoría y la crítica literaria proyectando una mirada desde el campo de la epistemología. Esperamos en el futuro retomar y profundizar esta línea de investigación que nos hemos trazado.

Bibliografía

- Agamben, G. (2009 [2008]): *Signatura rerum. Sobre el método*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Ed.
- Bachelard, G. (1989): *Epistemología*. Barcelona: Anagrama.
- Barthes, R. (1980 [1966]): *Crítica y Verdad*. Buenos Aires: XXI.
- De Man, P. (1990 [1986]): “Resistencia a la teoría”. En: *Resistencia a la teoría*. Madrid: Visor.
- Foucault, M. (1992 [1980]): *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (2002 [1969]): *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2002 [1975]): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Geertz, C. (1987 [1973]): *La interpretación de las culturas*. Gedisa: Barcelona.
- Kuhn, T. (1971 [1962]): *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Matamoro, B. (1971): *Jorge Luis Borges o el juego trascendente*. Buenos Aires: A. Peña Lillo Ed.
- Panesi, J. (1985): “La crítica argentina y el discurso de la dependencia”. En: *Filología*, Año XX, Instituto de filología y literaturas hispánicas “Dr. Amado Alonso”, FFyL, U.B.A.
- Reynoso, C. (1990): “El lado oscuro de la descripción densa”. Tercer Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario.
- Rivera, S.: “Oscar Varsavsky y el cientificismo. Las voces múltiples de una tensión”, s/a: http://www.catedras.fsoc.uba.ar/mari/Archivos/HTML/Silvia_Tensiones_argentinas.htm (07-10-2012).
- Terán, O. (1993): *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur Ed.
- Varsavsky, O. (1968): “Facultad de Ciencias en un país sudamericano”, Charla del doctor Varsavsky en la Universidad Central de Venezuela, junio de 1968.
- Varsavsky, O. (1969): *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires: CEAL.

Corpus analizado: revista *Los libros*

- Anónimo, (2011 [1972]): “Hacia la crítica”. En: *Los libros*, N° 28. Edición facsimilar, Buenos Aires, Ed. BN.
- Matamoro, B. (2011 [1972]): “Borges y la crítica. Respuesta de Blas Matamoro”. En: *Los libros*, N° 28. Edición facsimilar, Buenos Aires, Ed. BN.
- Rosa, N. (2011 [1972]): “Borges y la crítica”. En: *Los libros*, N° 26. Edición facsimilar, Buenos Aires, Ed. BN.
- Rosa, N. (2011 [1972]): “Contracrítica por Nicolás Rosa”. En: *Los libros*, N° 28. Edición facsimilar, Buenos Aires, Ed. BN.